



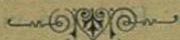
I
COLIBRÍ

« y cabe el muro
de tu humilde cabaña, en flores rica,
una latina diosa olitaria
tu casto amor con su blanca india »

JUSTO SIERRA.

FEBO salpica el bosque de átomos luminosos.
El claro río se tuerce elegante, balancean-
do los carrizales. En el bosque, fuentes mus-
gosas abanicadas por pabellones de verdura;
grupos de tilos *cuajados de flor*; palomares
dormidos; bajo la copa de los sabinos, humea
la choza de *calado techo* trepada por *las volu-
tas de la hiedra*. El poeta virgen, sacerdote y
pastor *sobre la verde grama recostado*, sueña.
De las grutas se *zafan* formas blancas y bri-
llantes como la nieve de Zempoala, *ninfas* de
inmaculados cuellos y *húmedas* cabelleras
deshechas. En sus cuerpos hay luz de luna y
sombra de hojas. Casi son lirios, casi son hos-
tias. *Al borbollón* de la fuente pura se enla-
zan, giran . . . De puntillas sobre la *trémula*
hierba llega junto á su Virgilio la solícita

Flérida, de ojos rasgados de color de cielo dulce como el tomillo Hibleo, cándida como el cisne y la rosa. Colibrí cervatilla, ampo de inocencia. Lleva un cesto colmado de narcisos y un jarrón de recién ordeñada leche. Contempla á su cantor con una sonrisa pura, como el orto de las auroras; le acaricia la frente con el ala de un beso ideal. . . . Entre los alheños huye y se pierde la ronda de ninfas. . . . El poeta tórnase á la cándida amiga y esplende en sus ojos intensos una mirada tranquila de poesía.



II
CANTÁRIDA

«Oh! delicioso espectáculo en todo país del mundo: un pie al extremo de una pierna, y una pierna al extremo de un pie!»

DE GONCOURT.

LA calle de Plateros. Domingo. Medio día. Grupos, carruajes. . . . En una esquina, el poeta: pantalón claro, levita negra con un clavel rojo en el ojal; narigudo, algo más que narigudo; un *porfirista* apagado en el rincón de la boca; bigote de eléctricas púas; ojos de Juno (véase Homero), soñolientos. *La Duquesa Job*, envuelta en seda y listones-cantárida, *bibelot*, girón de arco iris, torbellino de gracias y coqueterías—atraviesa la calle. Al pasar un charco de agua, lleva á su falda los enguantados dedos, dedos que con garbo y desgarró levantan el telón. . . . ¡Cuadrito de opereta! un pie, un choclo negro de delgada punta y una pantorrilla ágil, cubierta por una media color de frambuesa. En el instante de brincar, mira de soslayo al poeta, que de soslayo la mira: sonríen sus dientes parejos como las cuentas de un rosario de marfil, guiña los ojuelos maliciosos y retoza una picardía entre los hilos de seda de sus pestañas. El poeta se retuerce nervioso las lucientes guías del bigote, y en sus ojos de Juno chispea una mirada borracha de poesía.

III
LUNA

EL lago. En las arenas de la orilla largas lengüetas de agua entierran sus bordes puntiagudos. Aquí y allá rocas dentelladas con anchos colgajos de lama y árboles casi en esqueleto, de moribunda verdura, de torcidos varejones. A lo lejos, la cabaña iluminada por el resplandor humeante de una hoguera que se refleja en el agua como mancha de sangre. Cielo de invierno—pureza italiana en su azul—en cuya sedosidad abren las estrellas, enjambre de abejas luminosas, sus alas tremulantes. La superficie del lago, friolenta, se escama en estremecimientos de plata. En la puerta de la cabaña una mujer, de lleno envuelta por el rojo vivo de la hoguera. Su sombra se proyecta enorme sobre el tapiz de hojarasca. Entre una columnata de negros troncos, una forma oscura se acerca á grandes zancadas: es el hombre; lleva en su espalda un tercio de leños. Lo descarga la mujer, él frota sus manos sobre la lumbre. Se abrazan. Contemplan la lejanía. Vuela sobre sus cabezas una caída de hojas marchitas. Ella, extendiendo el brazo, le señala con el dedo en el horizonte un nimbo de luz difusa, un filete brillante: la luna aparece, lenta, brotando del fondo del lago como burbuja de oro.

IV
LA OFRENDA

VIVIENTES resplandores de una mañana primaveral. Un haz de luz, saltando de la alta ventana á través de los vidrios de colores, cae sobre las baldosas del templo, tendiendo en ellas un tapiz de iris movedizos. En su capelo diáfano, la Virgen, de cara bondadosa y casi sonriente, envuelta en toca negra su cabellera, con los ojos abiertos en vidriosa inmovilidad, ostenta un vestido amplio, tupido de lentejuelas de oro y plata, como un girón de cielo estrellado. Una niña frágil, con la fragilidad de las porcelanas preciosas, vestida de immaculada, se acerca pronta y alegre á depositar su búcaro rebosante de azahares. Dos trenzas trigueñas bajan hasta su cintura, anudadas en su extremidad por un listón. Su frente descubierta es ancha, correctamente curva, en su boca color de grosella, una sonrisa de placer. Tropiézase en las gradas del altar, y el búcaro rueda—roto—desparramando en el mármol un chorro de botones y de pétalos. La niña se inmoviliza y clava una mirada de angustia en la perdida ofrenda de su amor. Después, cuando levanta la cara lívida á la Virgen, están lustrosas de llanto sus pupilas tristes, negras como la obsidiana.



V
INDOLENTE

LA tarde. El remanso oculto por un cortinaje de espesas frondas. Bulle el agua en remolinos de cristal agitando las arenas de oro, y oscila en el fondo un pedazo de cielo azul, desgarrado por el tejido de las ramas. Sobre el blando yerbazal—colchón verde—está tendida una muchacha. Ciñe su cabeza redonda un pañuelo rojo, hecho nudo en la nuca. Dos rizos tupidos de cabello negro caen sobre su frente. Su camisa floja y abierta, tapa y no tapa un seno duro, capullo de la virginidad. Sus brazos, ligeramente sombreados por finísimo vello, son macizos. La enaguilla en desorden calca la amplitud combada de la cadera y deja al aire los pies descalzos y el principio de una pantorrilla desnuda. Sus pies son delgados, de un color de rosa diluido, con la planta lisa y el talón redondo. Su pantorrilla firme y fina, nerviosa con elegancia, se ensancha en una línea curva, harmónica, que se pierde entre los pliegues revueltos de la ena-

gua.—La hierba, con sus barbitas vellosas, cosquillea los pies de la muchacha: ella se estremece, frota uno con otro sus tobillos, y ríe de voluptuosidad. Al reír, asoma sus dientes frescos y brillantes como el granizo. Las luces del cielo, atravesando el tamiz de las frondas, extienden un reflejo verde—delicado toque de pincel apenas teñido—en sus grandes ojos claros, perversos en su inocencia. Una ráfaga fría hace temblar las hojas y encarruja el cristal del remanso: la muchacha cruza sus brazos sobre el seno, encoge las piernas, y para darse calor—acurrucada—se pone á rodar sobre el colchón verde.



VI
LA CARRETA

DESVANECIMIENTO crepuscular de una tarde de verano. Cielo sin nubes, de azul tropical-marino. La media luna, como un trozo de cuarzo, todavía opaca. En el extremo oriente las montañas lejanas se diluyen en una esfumación de tintas violetas. Llanura extensa manchada á trechos por tupidas aglomeraciones de árboles. Rozando los rubios maizales, tirada por dos robustos y lentos bueyes, una carreta se bambolea.—Adórnanla arcos de ramaje nuevo y chillantes banderolas. Va llena de muchachas, risas y picardías. Ellas rubias y morenas, con coronas de flores silvestres en la cabeza ó con sombreros alones de flexible paja, todas traviesas, en equilibrio inestable—motivo de sustos y bribonadas—se afianzan de los débiles arcos con sus manecitas temblorosas. A los lados de la carreta y á pie, flautistas y tamborileros tocan aires retozones. En una quiebra brusca del terreno salta la carreta: las muchachas lanzan un grito y caen unas sobre otras, como ramillete desbaratado, confundiendo entre la risotada general, las cabelleras, los listones, las faldas, las pantorrillas descubiertas.....

VII
BOCACCIO

LA luz de la lámpara se abate sobre el mármol de la mesa, iluminando las páginas ilustradas de *El Decameron*. Sentada en el sofá, con una mano en la frente—los dedos perdidos entre las sortijas chinas del cabello—ella lee. A intervalos de tiempo casi iguales, voltea con la otra mano la hoja leída. Sus pestañas tiemblan sobre la pícara irradiación de sus pupilas garzas. A veces sus cejas se contraen en la profundidad de la atención. A veces una sonrisa marca sus labios y se ahonda un hoyuelo en su carnosa mejilla. Muérdese luego con el filo esmaltado de sus dientes el labio inferior; la mano que voltea la hoja se hace febril, ondula con rítmica precipitación su seno, se inflan palpitando las paredes elásticas de su nariz, y se condensa mucha luz cintilante en los globos de sus ojos. De nuevo la juguetona sonrisa se delinea, vaga en el rincón diminuto de sus labios, lentamente se extiende, desplegándolos, y tórnase al fin franca carcajada sonora. Ella se derrumba sobre el respaldo del sofá, y sacudida por la convulsión de la risa, deja ver la cavidad de su boca—fresca y jugosa como el corazón de una sandía.